

AROLAS, JUAN (1805-1849)

*POESÍAS ORIENTALES*

INDICE:

LOS AMORES DE SEMÍRAMIS  
LA MUERTE DE ALÍ  
LA SULTANA  
EL INFIEL  
EL HARÉN  
LA ODALISCA  
FAKMA Y ACMÉT  
LA FAVORITA DEL SULTÁN  
ZORA LA TÁRTARA  
LA HERMOSA HALEWA  
ROMANCE MORISCO  
EL SUEÑO DULCE  
ZAIDE  
ORIENTAL  
JIDA Y KALED  
LEYENDA TÁRTARA

LOS AMORES DE SEMÍRAMIS

Los dioses han lamido las heridas de Ara: este príncipe ha resucitado y todos mis deseos están colmados.

–Moisés de Khoren.

I

Ara tiene los miembros gigantes  
De aquel Háig de hermosa cabellera,  
Jefe de tribu errante en la ribera  
De Araxes cristalino  
Que, codicioso de halagar las flores,

Como fría y sonora catarata  
De una cóncava gruta se desata  
Con cauce serpentino.

Ara descende de la altiva raza  
Que al ver lucir la matinal estrella  
Quiso alzar torre y escalar con ella  
El claro firmamento;  
Pero de sus recónditas prisiones  
Libres los euros de Jehová volaron  
Y como leve arista derribaron  
El frágil monumento.

Larga es la cabellera del mancebo  
Sobre la hermosa espalda desprendida  
Y más larga la cuerda retorcida  
Del arco fuerte y duro;  
Silban sus flechas con airado vuelo  
Y taladran, si cumple su amenaza,  
Con punta triangular una coraza  
Del temple más seguro.

¿Qué diré de su rostro? a sus deidades  
Las madres de Arakad incienso dieron  
Cuando para sus hijas les pidieron  
Ojos como los de Ara:  
Niñas de seis abriles entonaron  
Con argentino coro el sacro ruego  
Junto al altar del misterioso fuego  
Que dio una luz más clara.

Al río en Eriván entre las ovas  
Tributarias le son cuarenta fuentes  
Y cuarenta doncellas inocentes  
Lloran en desconsuelo  
Prendadas del caudillo más hermoso;  
Sus lágrimas imitan al rocío  
Si sobre flor azul, trémulo y frío,  
Tomó el color del cielo.

¿Al tártaro corcel de qué le sirve  
La indomable inquietud, que se parece  
Al delirio de amor, si nace y crece  
Con duras privaciones?  
¿Ser de raza escogida? ¿ser de fuego?  
¿Igualar en su curso al leve viento?

¿Dejar atrás del mismo pensamiento  
Las vagas emociones?

Aunque jamás sintiera el acicate,  
Tras largo curso, de su espuma lleno,  
Dirigido por Ara cede al freno  
Sin montaraz locura;  
Mejor jinete no cruzó el desierto  
Ni fue detrás del ciervo fugitivo  
Por las quebradas de Ararat altivo  
Do eterna nieve dura.

Su lanza por su peso ponderoso  
Con un sulco tenaz se hunde en la arena,  
Su punta es lengua de cerasta, llena  
De funeral veneno;  
Ninguno de otra tribu de guerreros  
Con arma igual en belicoso campo  
Pudo mirar su fulminante lampo  
Con ademán sereno.

¿Dó al príncipe de Armenia encontraremos?  
Heredó de su padre la osadía,  
Subió al solio de hermosa pedrería  
Con cetro soberano  
Cuando al sueño profundo de la muerte,  
Que jamás hermocean las visiones  
Del dulce amor, en ricos almohadones  
Cedió el feliz anciano.

Llevó el padre a la tumba los recuerdos  
De bélicos laureles y victorias;  
Buscaremos al hijo entre las glorias  
De súbita pelea  
Dó se tiñe entre miembros palpitantes  
Que dividió una vez cortante acero  
Lívido casco de corcel ligero  
Con sangre que aún humea.

II  
De Ninive en los mágicos pensiles  
No suenan ya las arpas cual solían  
Cuando en pos del crepúsculo venían  
Las horas del encanto;  
Languidecen en largos arriates  
Faltas de humor vivífico las flores

Y enferma está Semíramis de amores  
Con dolorido llanto.

Penada y sin solaz ¿por qué suspira  
Al sacar sus doncellas arcas de oro  
Que contienen balsámico tesoro  
De aromas abundantes?  
Todas temen hablarla, la más pura  
Virgen de Asiria se estremece y llora  
Cuando ciñe a su pálida señora  
De perlas y diamantes.

A la esposa de Nino encantadora  
Contestaron los regios mensajeros:  
-«Ara sigue a los gamos más ligeros  
«Con nítidos arpones;  
»Su corazón es duro como el pico  
»Que afila el voraz cuervo en una peña;  
»Vuestro trono, beldad, amor desdeña  
»Y lágrimas y dones.»

El desprecio es ponzoña viperina,  
Áspid que vuelve con calor del seno  
De su frío sopor y da un veneno  
De muerte y cruda pena;  
Prontos están los rechinantes carros,  
Los corceles de guerra y duras lanzas;  
Llegó el día fatal de las venganzas:  
Semíramis lo ordena.

El descendiente de Thorgóm altivo  
Que no cedió al amor ni al blando ruego  
Oye el bélico grito y toma luego  
Su casco y su coraza:  
Las dos huestes ocupan la llanura;  
Si el león de la Libia ruge fiero  
Es suelto el pardo, de mirar severo  
Y ruge y despedaza.

¿Son dos torrentes que acreció la nieve  
Que chocan entre sí, hierven, se agitan  
Y entre peñascos duros precipitan  
Raudal más turbulento?  
Confúndense las armas y adalides;  
Ara rompe, atropella, hierre, avanza  
Y describe la punta de su lanza

Un círculo sangriento.

¡Infeliz! ¡el espíritu del llanto  
Alas prestó a la flecha envenenada  
Que del robusto nervio desatada  
Surtió del arco asirio...!  
En su pecho con ímpetu se esconde  
Y hace salir con sangre de las venas  
El último sollozo de las penas  
Tras rápido martirio.

¿Dónde descansará el jefe esforzado?  
¿Coronarán el túmulo del muerto  
Tres piedras amarillas del desierto  
Sin pompa duradera?  
Semíramis le amó, sufrió desdenes,  
Quiso estrechar con él los dulces lazos,  
Triste le abrió los amorosos brazos  
Por tumba lastimera.

Ella gime sin fin; sus magos llama,  
Roba negados besos y suspira,  
Recurre a los encantos y delira  
Con súbitos furoros;  
Dice en su frenesí: «Ya las deidades  
»Propicias a mis votos se han mostrado:  
»Ara vive, su herida se ha cerrado,  
»Gocemos los amores.»

## LA MUERTE DE ALÍ

I  
¡Quién fuera, sultana linda  
Aquel árbol tan sombrío  
Que cubre tu baño frío  
Con sus ramas...!  
¡Di si quieres que lo sea,  
Que aunque es imposible cosa  
Me basta saber, hermosa,  
Cuánto me amas!

Quien como glorioso Emir,  
Perla rica de Estambul,  
Navegase el mar azul

A tu lado,  
Señor de una nave llena  
De sedas y pedrería,  
En tu seno al fin del día  
Reclinado!

¡Al son de su leve canto  
Con un paso firme y cierto  
Quien guiase en el desierto  
Tu camella!  
¡Dejase la caravana  
De sus amigos mejores  
Por hablar sólo de amores  
Con tal bella!

¡Quién tuviera para ti  
Minas de diamante duro,  
Zafiros de color puro  
Celestial,  
Piel de manchado tigre,  
Mil ciudades, mil honores  
Y mil negros pescadores  
De coral!

¡De Delhí las maravillas,  
De los reyes el tesoro,  
Trípodes de nácar y oro  
Rutilantes  
Con las frutas que se crían  
De Damasco en los confines  
Y purpúreos palanquines  
Y elefantes!

¡Quién marchara a los combates,  
Gloria de la primavera,  
Con un beso que le diera  
Tu beldad!  
De las cortas azagayas  
A los tiros agarenos  
Murieron los nazarenos  
Sin piedad.

Fugitivo por las sirtes,  
Buscando de airados mares  
Entre brumas de pesares  
Largo giro,

¡Quién tuviera en favor suyo  
En medio del onda inquieta  
Como súplica al Profeta  
Tu suspiro!

¡Quién en lóbrega mazmorra,  
Reina de las azucenas,  
Al son de duras cadenas  
Del dolor  
Pudiera cantar tu nombre,  
Sin tener más luz ni gloria  
Que la plácida memoria  
De tu amor!

¡Quién fuera, sultana linda,  
Aquel árbol tan sombrío  
Que cubre tu baño frío  
Con sus ramas...!  
¡Di si quieres que lo sea,  
Que aunque es imposible cosa  
Me basta saber, hermosa,  
Cuánto me amas!

II  
Envuelto en verde caftán  
De este modo Alí se expresa,  
Poniendo su blanca mano  
Del serrallo en una reja:

Enamorado está el moro  
De una circasiana bella  
Cuyos labios de coral  
Si cautivan, embelesan.

Dentro del harén se oían  
En alegre zambra y fiesta  
Arpas de ébano y marfil  
Con voz de doradas cuerdas

Y de címbalos sonoros  
Al son blando, las bellezas  
Danzaban con gran primor  
Sobre alfombras de oro y seda.

A las unas doró el sol,  
Otras son de blanca cera,

Otras hijas de la noche  
Y como sus sombras negras:

Pero en sus vivaces ojos  
Su delirio el amor muestra  
Y de su pie en las mudanzas  
Quiso retratar sus guerras.

¡Ah! la voz del tierno Alí  
No fue feliz por modesta  
Ni se perdió entre las rosas  
Que secretos no revelan:

Un espíritu traidor  
Que por los jardines vuela  
Con alas de ave nocturna,  
Con graznidos que son quejas

Al sultán de las armadas  
Refirió sin perder letra  
De la trova del amor  
Los conceptos y ternezas.

Cuando se retira Alí  
De noche en la oscura niebla  
Sombras ve que le amenazan  
Y con puñales le cercan.

-«Toma, le dice una voz,  
»Toma este cordón de seda:  
»Míralo, que es tu dogal;  
»Por Alá maldito seas.»

III  
Sobre la puerta ojiva del Oriente  
Del gran serrallo, en Estambul hermosa,  
La cabeza de Alí vio el sol naciente  
Separada del tronco y horrorosa.

Al eunuco de Chipre que adornaba  
Los búcaros de nácar con las flores  
Llorando tiernamente preguntaba  
La sultana infeliz de los amores:

-«¿Ha muerto el triste Alí?»  
-«Murió, señora;

»Su memoria olvidad, su suerte impía.»  
-«¡Eunuco vil! ¿olvida la que adora...  
»Si eso pudiera ser, eso sería.»

## LA SULTANA

### I

¡Quién tendrá dichas mayores  
Que privar en los amores  
Por bonita,  
Dormir en lecho de grana  
Y llamarse la sultana  
Favorita!

¡Respirar en el calor  
Entre jazmines en flor  
Aura leda,  
Mecerse medio dormida  
Sobre hamaca entretejida  
De oro y seda!

Tener juventud graciosa.  
Seno puro, tez de rosa,  
Pie de armiño  
Y ojos vivos de gacela  
Cuando el dardo la desvela  
Del cariño!

¡Una mesa de ambrosía,  
Unos baños de agua fría  
Con olores  
Donde el ámbar se ha mezclado  
Con el jugo destilado  
De mil flores!

¡En los delirios de amor  
Tener un emperador  
Por galán,  
Recibir tiernos abrazos  
Y reclinarse en los brazos  
Del sultán!

¡De mil desamadas bellas

Ser vista, pasando entre ellas  
Como aurora,  
Como hurí del embeleso  
Regalada con un beso  
Del que adora!

¡Contemplar la nave turca  
Cuando levemente surca  
La mar honda,  
Para dos regios amantes  
Cargada con los diamantes  
De Golconda!

¡En competencia vencer  
A la más linda mujer  
De Occidente,  
A la airosa granadina  
Que tañe la bandolina  
Dulcemente!

¡No temer cuando enamoran  
Las que su cántico entonan  
Bengalés  
Ni a las que con mil primores  
Danzan sin ajar las flores  
Con sus pies!

¡Sobresalir entre todas  
Las de Corinto y de Rodas  
Con victoria!  
¡A las blancas y morenas  
Y judías y agarenas  
Quitar gloria!

¡Tener nombre de divina  
En Estambúl y en Medina  
La sagrada!  
¡Del harén bella señora  
Y la perla de Basora  
Ser llamada!

¡Quién tendrá dichas mayores  
Que privar en los amores  
Por bonita.  
Dormir en lecho de grana  
Y llamarse la sultana

Favorita!

II

La sultana esto decía  
Recreada de aura leda  
Y entre tanto se mecía  
Sobre hamaca de oro y seda.

En la red que amor labró  
Parecía su cendal  
Azucena que voló  
De su tallo virginal.

Y el olor de frescas flores  
En la cuna del jardín  
Regaló un sueño de amores  
Al aéreo serafín.

Otra hermosa allí se vía  
Sin meterse en red dorada  
Que cantando repetía  
Esta trova enamorada:

III

¡Quien naciera en región pura  
Dó la cándida hermosura  
No es comprada:  
Donde el hombre por placer  
Sólo tiene una mujer  
Adorada!

Una mujer que le amó  
Porque en su pecho sintió  
Frenesí  
Y en delirio de amor fiel  
Dijo al tímido doncel:  
«Te amo, sí.»

¡País de un cielo mejor  
Donde el sincero amador  
Siempre fino  
Al lado de su tesoro  
Canta y bebe en taza de oro  
Dulce vino!

Aquí goza la belleza

Un halago de tibieza  
Solo un día;  
Flor de un sol y sin fortuna  
Que tiene junto a la cuna  
Tumba fría.

¡Quién naciera en región pura,  
Dó la cándida hermosura  
No es comprada:  
Donde el hombre por placer  
Tiene sólo una mujer  
Adorada!

IV  
Pasan los serenos días  
Y en sus alas vagarosas  
Llévanse las alegrías  
Como deshojadas rosas.

¡Ah! ¿Qué tiene la Sultana  
Que no baja a los jardines  
A coger por la mañana  
Tulipanes y jazmines?

¿Qué disgustos ha tenido  
Esa perla de Basora...?  
-La dio al mar de eterno olvido  
Su señor; ya no la adora.

## EL INFIEL

I  
Él huye, mas se lleva su tesoro:  
Sobre la hermosa crin de su peceño  
Onde un blanco velo orlado de oro,  
Fugaz como el placer de un breve sueño.

Así sobre una losa funeraria  
Desata alguna vez nevado broche  
Azucena que nace solitaria,  
Mecida con las auras de la noche.

Que la tumba de mármol donde llora  
Párpado de mujer tiene sus flores

Y también el infiel tiene una mora  
Por consuelo feliz de sus dolores.

Leila es bella si ríe y si suspira:  
Es la flor de los Alpes que ama el frío,  
Mariposa fugaz de Cachemira,  
Gloria del sol, amada del rocío.

Leila dijo al infiel: -«Tú mirar quieres  
»El rostro de tu amada descubierto...  
»¿Sabes dónde son libres las mujeres?  
»¿Conoces el camino del desierto?

»Mudo es el arenal; allí no suena  
»El casco del corcel; dispón su freno;  
»Acaricien mis manos su melena;  
»Llévame donde quieras, nazareno.»

Con tierna voz le respondió su amante.  
-«Tus pupilas de amor, hurí del cielo,  
»Retratarán mañana mi semblante;  
»Libre es la soledad, allí no hay velo.

»Dejemos por las hórridas arenas  
»El fértil suelo y la ciudad del fuerte  
»Que llamáis Setiniáh, la hermosa Atenas;  
»Dura es la esclavitud como la muerte.»

Cede la luz al declinar el día;  
Las apiñadas nubes el sol dora:  
Del crepúsculo débil la agonía  
¿Qué tiene de divino que enamora?

¿Por qué más puros son arroyo y fuente?  
¿Por qué más libre se enajena el alma?  
¿Qué singular placer el pecho siente...?  
Es que hay horas de amor y el afán calma.

Él es... Huye con Leila cariñosa;  
La mano del Infiel ciñe su seno:  
Doble sufre la carga por preciosa  
El fogoso corcel que tasca el freno.

Bruñido como el ébano, no ignora  
Que cumple unos misterios de ternura;  
Quiere poner en salvo a su señora:

Ama también la gloria y se apresura.

¿Quién los podrá seguir? Más torpe y lento  
Es el vuelo que el águila levanta;  
No igualará su curso el pensamiento  
Del inspirado vate cuando canta.

¿Quién los podrá seguir en su carrera?  
Su juramento es fiel, su amor es fuerte;  
El árido desierto los espera  
Y la noche es más negra que la muerte.

## II

¿Qué tiene Hassan? Sombríos los pesares  
Nublan su faz, que sobre el pecho inclina;  
Su voz es el sonido de los mares  
Que azotan tu peñasco, Salamina.

¿Acaso en su otomana recostado,  
Turbadas las delicias de su sueño,  
Al ángel Azrael miró a su lado  
Con negras alas y con torvo ceño?

¿Acaso en el harén de sus mujeres  
Apuraba su dicha en ocio inerte  
Y en la dulce embriaguez de sus placeres  
Recibió de Estambul firmán de muerte?

¿Acaso de su velo descuidada  
Su generosa hermana, Lobna bella,  
Abandonó su torre retirada,  
Mostró su faz y enamoró con ella?

¿Qué tiene el triste Hassan? Cien hermosuras  
Embellecen su harén; una es la que ama,  
Que en vez de ser sensible a sus ternuras  
Huyó con un infiel: Leila se llama.

## EL HARÉN

Rodeada de jardines  
Bella es la región de rosa  
Do reposa  
Sobre pérsico tapiz

El Sultán rico de gomas  
Y de aromas,  
Dones de Arabia feliz.

Con el opio de Tebaida  
Se adormece y sueña fuentes  
Transparentes  
En las grutas de cristal,  
Sueña cielos de rubíes  
Con huríes  
De juventud inmortal.

Y al volver de aquellos sueños  
De armonías y de estrellas  
Ve a sus bellas  
Que esperan por un favor  
Y premio de la hermosura  
La dulzura  
Del primer beso de amor.

Criaturas inocentes,  
Gayas flores que atavía  
Sol de un día  
Que dan dolor y solaz:  
Solaz por ser frescas flores  
Y dolores  
Por su existencia fugaz.

Ninfas con oro y con perlas,  
Con la sonrisa en el labio  
Y el agravio  
Clavado en el corazón,  
Que en mujer que tiene celos  
Luto y duelos  
Las perlas nítidas son.

Si agitan sus blancos velos  
Las huríes de Mahoma  
Blando aroma  
Muda el jardín en Edén,  
Cual si transitase ufana  
Caravana  
Con almizcle de Kothén.

¡Bello es ver adusto moro  
Dueño de un vergel cerrado

Y acatado  
Como el único señor,  
Servido de mil doncellas  
Hadas bellas  
Del oriente y del amor!

¡Y aquella trémula sombra  
Del plátano en el estío  
Y el desvío  
De una hermosa del harén  
Que a las solitarias flores  
Los dolores  
Va contando de un desdén!

¡Y el rayo de tibia luna  
Que ilumina las caricias  
Y delicias  
De una griega y su señor,  
Mientras tras la celosía  
Los espía  
Ninfa que envidió el favor!

¡Y aquel oro y esmeraldas  
De ajorcas y de collares  
Y millares  
De esclavos para el sultán  
Que abanicen blandamente  
La su frente  
Con las plumas del faisán!

¡Y aquellas pipas muy largas  
Con sus tubos muy dorados,  
Los brocados,  
Joyas y aromas sin fin  
Y mil aves enjauladas  
En labradas  
Maderas de Comorín!

Ver cual mueven leves plantas  
Al son de las bandolinas  
Bailarinas  
Diestras en vario primor  
Que de sus faldas graciosas  
Vierten rosas  
Sobre el dueño de su amor!

Allí las griegas suspiran,  
Allí las del India moran,  
Las que adoran  
A Brama como gran ser;  
Otras del Cairo escogidas  
Y nacidas  
Para el canto y el placer.

Las persianas cuyos ojos  
Tienen el azul del cielo,  
Las del suelo  
De Mingrelia y de Khatay;  
Doncellas muy sonrosadas  
Y preciadas  
De Azáb y de Yémen hay.

Las más niñas, cuyos años  
No turbaron los amores,  
Cogen flores  
Y escuchan al ruiseñor,  
Que otras viven de privanza  
O esperanza  
Y ellas viven del candor.

Bello es un harén de oriente  
Con tan lindos serafines  
En jardines  
Consagrados al placer;  
Sólo es triste a la memoria  
Que en tal gloria  
Sea esclava la mujer.

## LA ODALISCA

¿De qué sirve a mi belleza  
La riqueza  
Pompa, honor y majestad  
Si en poder de adusto moro  
Gimo y lloro  
Por la dulce libertad?

Luenga barba y torvo ceño  
Tiene el dueño  
Que con oro me compró

Y al ver la fatal gumía  
Que ceñía  
De sus besos temblé yo.

¡Oh, bien hayan los cristianos,  
Más humanos,  
Que veneran una cruz  
Y dan a sus nazarenas  
Por cadenas  
Auras libres, clara luz!

Ellas al festín de amores  
Llevan flores,  
Sin velo se dejan ver  
Y en cálices cristalinos  
Beben vinos  
Que aconsejan el placer.

Tienen zambras con orquestas  
Y a sus fiestas  
Ricas en adornos van  
Con el seno delicado  
Mal guardado  
De los ojos del galán.

Más valiera ser cristiana  
Que sultana  
Con pena en el corazón,  
Con un eunuco atezado  
Siempre al lado,  
Como negra maldición,

Dime, mar, que me aseguras  
Brisas puras,  
Perlas y coral también  
Si hay linfa en tu extensión larga  
Más amarga  
Que mi lloro en el harén.

Dime, selva, si una esposa  
Cariñosa  
Tiene el dulce rui señor  
¿Por qué para sus placeres  
Cien mujeres  
Tiene y guarda mi señor?

Decid, libres mariposas,  
Que entre rosas  
Vagáis al amanecer  
¿Por qué bajo llave dura  
Sin ventura  
Gime esclava la mujer?

Dime, flor, siempre besada  
Y halagada  
Del céfiro encantador  
¿Por qué he de pasar un día  
De agonía  
Sin un beso del amor?

Yo era niña y a mis solas  
En las olas  
Mis delicias encontré;  
De la espuma que avanzaba  
Retiraba  
Con temor nevado pie.

Del mar el sordo murmullo  
Fue mi arrullo  
Y el aura me adormeció:  
¡Triste la que duerme y sueña  
Sobre peña  
Que la espuma salpicó!

De la playa que cercaron  
Me robaron  
Los piratas de la mar:  
¡Ay de la que en dura peña  
Duerme y sueña  
Si es cautiva al despertar!

Crudos son con las mujeres  
Esos seres  
Que adoran el interés  
Y tendidos sobre un leño,  
Toman sueño  
Con abismos a sus pies.

Conducida en su galera,  
Prisionera  
Fui cruzando el mar azul;  
Mucho lloré, sordos fueron,

Me vendieron  
Al sultán en Estambul.

El me llamó hurí de aroma  
Que Mahoma  
Destinaba a su vergel;  
De Alá gloria y alegría,  
Luz del día,  
Paloma constante y fiel.

Vi en un murallado suelo  
Como un cielo  
De hermosuras de jazmín  
Cubiertas de ricas sedas;  
Auras ledas  
Disfrutaban del jardín.

Unas padecían celos  
Y desvelos,  
Lograban otras favor;  
Quien por un desdén gemía,  
Quien vivía  
Sin un goce del amor.

Mil esclavas me sirvieron  
Y pusieron  
Rico alfareme en mi sien;  
Pero yo siempre lloraba  
Y exclamaba  
Con voz triste en el harén:

¿De qué sirve a mi belleza  
La riqueza,  
Pompa, honor y majestad  
Si en poder de adusto moro  
Gimo y lloro  
Mi perdida libertad?

## AKMA Y ACMÉT

I  
Las bodas de los hijos del desierto  
Libres son como bodas de las aves  
Que, unidas por amor, dan el concierto

De sus gorjeos dulces y suaves.

Libres sobre los nardos olorosos  
Se casan los insectos zumbadores,  
El cóndor en los Andes cavernosos  
Y de Febo a la luz plantas y flores.

Los himnos del festín han resonado:  
Fakma se desposó y Acmét la adora:  
Mirad su fresca sien que han coronado  
Ricas perlas del golfo de Basora.

Fakma es bella cual nube que camina  
Pintada por auroras boreales  
Y en el mar adormido se reclina  
Para mirarse bien en sus cristales:

De una tribu enemiga muy guerrera  
Dio su fe al adalid que la servía  
Y al huir de sus lares, la siguiera  
Maldición paternal que así decía:

«¡Que la sombra de tu cuerpo  
»Nunca cubra mis umbrales!  
»¡Que la luz que te ilumina  
»Veas de color de sangre!

»¡Que si mía te dij eres,  
»Mil espectros se levanten  
»De las tumbas, que te digan:  
»Adúltera fue tu madre.»

«¡Que si al tálamo te llegas,  
»Junto al tálamo desmayes  
»Y esperando el primer beso  
»Te sorprendan mis puñales!

»¡Que las penas te atosiguen!  
»¡Que mi maldición arrastres,  
»Sierpe venenosa y dura  
»Que has crecido en mis rosales!»

## II

¡Los himnos del festín han resonado...!  
Oíd esas cadencias seductoras  
Que recrean con eco prolongado

Y apagan la voz triste de las horas.

¡Armonía feliz...! ¡Tu origen fuera  
Cuando el primer mortal entre jardines  
Dio un beso a su dichosa compañera  
Cantando los aliados serafines!

Fakma se engalanó con blancas flores  
Que llevan en su sien las desposadas  
Y quemó junto al tálamo de amores  
Los aromas en urnas cinceladas.

Mas ¿quién turba tan plácidos conciertos...?  
¿Es la voz del león que hambriento aterra...?  
¿Es la voz del chacal entre los muertos?  
Es la voz de una tribu, es voz de guerra.

Acmét deja la mano de la hermosa  
Que besaba en delirios de esperanza:  
Se estremece su frente desdeñosa  
Y olvidado el placer, toma la lanza.

«¡Desposada! si tus flores  
»Mis ausencias marchitaren  
»Yo te ceñiré al volver  
»Los laureles del combate.»

-«¡Acmét...! Adiós...: estas puertas  
»Que se cierran con mis ayes  
»Se abrirán a los placeres  
»Cuando vencedor tornares.

»Si pereces, quiera el cielo  
»Que tu espíritu me llame  
»Y en las tumbas celebremos  
»Unas bodas eternas:

»Allí te pondré mis flores  
»Abrazando tu cadáver,  
»Que si tú me las ceñiste  
»No es mucho que te las guarde.»

### III

Acmét a sus valientes acaudilla  
Y enrojece la gasa en los turbantes  
La sangre que derrama su cuchilla...

¡Ruda es la lid en ánimos constantes!

Mas del padre de Fakma los guerreros  
Son más que tus arenas, mar bravío,  
Solo resiste Acmét a sus aceros,  
Mordieron los demás el polvo frío.

Sobre su corcel árabe encorvado  
Da la muerte y la busca, mas no la halla,  
Que el indómito bruto desbocado  
Lo sacó del lugar de la batalla.

Vuela al punto a su hermosa. ¿El hado crudo  
Templará su dolor con dicha cierta...?  
Llegó por fin y del puñal agudo  
Con el pomo tenaz llamó a la puerta.

-«¡Desposada de mi vida!  
»Flor de mis vergeles, abre,  
»Que si tardas en abrir  
»Te apresuras en matarme.»

-«¿Cómo te he de abrir mis puertas  
»Si no te conozco...? ¿Sabes  
»Cuál ha sido en el desierto  
»La suerte de los combates?»

-«Fatal, adorada mía,  
»Salió vencedor tu padre:  
»Solo yo tu esposo vivo,  
»De los míos ya no hay nadie.»

-«Mientes, áspid venenoso,  
»Mientes, traidor y cobarde;  
»Mi esposo murió en la lid,  
»Que mi esposo morir sabe:

«Del choque jamás huyó,  
»Que algo más su acero vale:  
»Dó los suyos perecieron  
»Mi querido esposo yace.

»Voy a celebrar con él  
»Nuestras bodas sepulcrales...  
»Pero tú, extranjero vil,  
»Huye mi umbral, no me llames.»

IV

La puerta cedió por fin  
A los golpes del amante  
Que vio a Fakma por el suelo  
Revolcándose en su sangre.

#### LA FAVORITA DEL SULTÁN

Marcha, despiadada y cruda,  
Pues me quemas con tus besos  
Al lucir casi desnuda  
Tantas gracias y embelesos.

Sol que en el cenit me abrasas  
Sin una nube en tu cielo,  
Yo te pondré dobles gasas  
Y no te veré sin velo:

Sobre un lecho encubertado  
Te he de hacer cubrir de flores  
Y verás vergel cerrado  
Dó se oculten mis amores.

¡Judía, que por fortuna  
De mi mar eres sirena,  
Como tú no vi ninguna  
Ni cristiana ni agarena!

Tú te ríes y te alegras  
Cuando en mí los bríos faltan  
Mientras tus pupilas negras  
Ebrias de placer te saltan.

¿Quién ha de romper tus lazos?  
Enamoras, avasallas  
Y un día de tus abrazos  
Rinde más que cien batallas.

¡Deja tu delirio ciego...!  
Mientras en tu seno hermoso  
Me adormeces con el ruego,  
Mientras cantas y reposo

Febles sufren mil soldados  
La ignomia en sus derrotas  
Y en los mares agitados  
Pierdo mis avaras flotas.

Pierdo a Egipto y sus llanuras  
Dó las auras regaladas  
Mecen las espigas puras  
En las cañas encorvadas,

Dó las moles eternas  
Donde el orgullo está escrito  
Se alzan en los arenales  
Con la esfinge de granito

Cuyo párpado despierto  
Jamás una vez cerraron  
Ni los vientos del desierto  
Ni los siglos que pasaron.

Tú me encantas y consientes  
Que amenacen mis dos mares  
Las águilas de dos frentes  
De los ambiciosos Czares.

¡Guay que el autócrata un día  
No venga a tomar mi harén  
Y por ser esclava mía  
Conmigo mueras también!

No desnudes, por mi amor,  
Ese tu seno hechicero  
Y deja que tu señor  
Vaya a desnudar su acero.

Que tiña en sangre su filo,  
Que levante en sus furores  
Pirámides junto al Nilo  
De cabezas de traidores.

Mas ¡ah,...! ¡mis votos fallidos  
Dejarás con ilusiones,  
Rémora de los sentidos,  
Imán de los corazones!

Porque el más adusto moro

Que a las lides se partiera  
Puesto a contemplar tu lloro  
Riendas al corcel volviera.

Yo caricias he probado  
De unas hermosas de nieve  
Cuyo beso regalado  
Con gran emoción conmueve;

Pero tu beso, sultana,  
Dulce beso humedecido  
De esos tus labios de grana  
Me enloquece, me ha perdido.

Desprecio, pues, mis riquezas  
Y cual vanos oropeles  
Mis títulos y grandezas,  
Mis tropas y mis bajeles.

Mis palacios no deseo  
Con dilatados confines,  
Ni mis casas de recreo  
Con estanques y jardines;

Ni del Arabia dichosa  
Los más exquisitos dones,  
Ni frescos baños de rosa,  
Ni púrpuras, ni bridones;

Ni el nombre que se me da  
De señor de mar y tierra,  
De sombra augusta de Alá,  
Príncipe de paz y guerra.

Desprecio las dignidades  
De mis bélicas proezas  
Y mis pueblos y ciudades  
Con torres y fortalezas

Y haré decir al diván  
Que no tengo más estados  
Que mi pipa, mi ataghán  
Y tus ojos adorados.

## ZORA LA TÁRTARA

I

Si cantáis himnos de flores  
¿Por qué no cantáis a Zora,  
La querida del pirata  
De las africanas costas?

La tártara es tan garrida  
Como las perlas de Akoja;  
Como el sol en los diamantes  
Brilla el amor en sus formas.

De púrpura de Helesponta  
Cinta delicada y corta,  
Si el silencio la selló,  
Viene a ser su linda boca

Y abultados levemente  
Tiene los labios de rosa,  
Como de los mutuos besos  
Conviene a las dulces glorias.

De una perfección oval  
Es su cara encantadora  
Que tiene una languidez,  
Tiene un imán, una cosa

Que conmueve el corazón  
Tocando sus fibras hondas  
Y que el labio no la explica,  
Pero el ánima la goza.

Son tan largos los cabellos  
Que si desatados flotan  
Sobre el cuerpo de jazmín,  
Lo embellecen y lo adornan;

Porque la naturaleza  
Se los diera como joya,  
Como velo de placeres  
Para el lecho de las bodas.

¡Sus ojos...! ¡ah...! se reflejan  
En ellos las dichas todas  
Y son para los creyentes

Paraíso de Mahoma.

Del trono de Salomón  
Con las perlas se corona,  
De la reina de Sabá  
Puede superar la pompa

Y es su talle tan flexible  
Como rama que se dobla  
Del fresco rosal de Irém  
En los valles del aroma.

En los palacios de Orán  
Tal es la risueña esposa  
De Assém, el feroz pirata  
De las africanas costas.

II

Los vientos con gran furor  
Baten las hinchadas lonas;  
Son las cuerdas cuando silban  
Fibras de metal sonoras:

Hierve el mar, de hirviente lava  
Son sus encontradas olas  
Y en montañas que se estrellan  
Asaltan la firme proa.

-«¡Muy bien! exclamó el pirata;  
»Ya no hay vista más hermosa  
»Que una atmósfera de fuego  
»Y una tempestad tras otra.

»¡Vengan truenos! ¡vengan rayos!  
»Que si el cielo se desploma,  
»Si los mares nos sepultan  
»Ni me pesa, ni me enoja.

»Los relámpagos brillaron  
»Sobre vuestras frentes torvas:  
»Hombres de hierro...! entonad  
»Vuestros cánticos ahora.

»Cantad, que el león de Orán  
»Vio una presa muy famosa:  
»Sí...; mirad por dó señala

»mi cuchilla vengadora.

»¿Qué es lo que acabáis de ver,  
»Hijos de Omar, entre sombras?!  
-»Un navío que naufraga»:  
Gritaron mil voces roncadas.

-«Escuchad, volvió a decir,  
»Las señales no dudosas  
»De que pierde la esperanza,  
»Porque su agonía toca.

»¡Sangre...! ¡muerte! ¡destrucción!  
»Abordarlo es lo que importa;  
»¡Mueran todos degollados!  
»¡Viva Assém y viva Zora

»Porque mi amada es muy bella  
»Y entre muchas ella sola  
»Puede ablandar con sus ojos  
»Este corazón de roca.

»Yo le di de los dos mundos  
»Las riquezas, las estofas,  
»Las esencias del Arabia,  
»Los diamantes de Golconda.

»Porque es fiel: que si una vez  
»La pudiese hallar traidora  
»Con su sangre lavaría  
»Mi baldón y su deshonra.»

Dijo y requirió el puñal  
Del cinto con las pistolas  
Arrojando infausta luz  
Sus pupilas horrorosas.

Su velero bergantín  
Se arrojó con furia loca  
Sobre el náufrago navío  
Como flecha voladora.

Se oyó un grito: -«Dios es Dios,  
»Su profeta fue Mahoma,  
»Mueran todos los cristianos,  
»Viva Assén y viva Zora.»

### III

La tártara sobre un lecho  
Que las púrpuras adornan  
Del áloes y el jazmín  
Los gratos olores goza.

De la suerte del pirata  
No se muestra cuidadosa:  
La pasión del africano  
Muy grosera se le antoja.

Y aunque son de flor sus grillos  
Y de flor son sus esposas  
Maldice su esclavitud,  
La maldice y después llora.

Mas venga la tiranía  
Del señor que la aprisiona  
Reclinándose en los brazos  
De un esclavo a quien adora.

La bella quiere a Taléb,  
Hecho esclavo entre las ondas  
Del golfo fatal de Ormuz  
Que han cruzado avaras flotas.

¡Ay...! ¡qué lenta va la noche!  
¡Qué pesadas son sus horas...!  
Taléb tarda y sin dormir  
En vano le espera Zora.

De repente en sus jardines  
Resonaron voces sordas  
Y bajo de las palmeras  
Vio la luz de cien antorchas.

Cayó en tierra desmayada,  
Retornó al lucir la aurora,  
Pero vio al feroz Assém  
Que le dijo: -«Ingrata, toma,

»Toma el último regalo  
»Con el cual mi amor te dota,  
»No puedes ver un tesoro  
»Más digno de nuestras bodas.»

Y arrojó sobre su falda  
Una cabeza espantosa...:  
La cabeza de Taléb  
Con la cual manchó sus ropas.

## LA HERMOSA HALEWA

El prudente Almanzor, Emir glorioso,  
El Cordobés imperio dirigía;  
Hixén su rey en el harén dichoso  
Los blandos sueños del placer dormía.

Cisnes de oro purísimo, labrados  
Sobre conchas de pórvido en las fuentes,  
En medio de jardines regalados  
Derramaban las linfas transparentes.

Los limpios baños de marmóreas pilas  
Dó el agua pura mil esencias toma  
Cercaban lirios y agrupadas lilas  
De tintas bellas y profuso aroma.

Damascos y alcatifas tunecinas  
Del palacio adornaban los salones,  
Perlas en colgaduras purpurinas,  
Perlas en recamados almohadones.

Olores del Arabia respiraban  
Lechos de blanda pluma en los retretes  
Y las fuentes de plata reflejaban  
Del alcázar los altos minaretes.

Del regio templo celebrada diosa,  
Halewa fue en su plácida fortuna  
Ídolo del monarca por hermosa  
Tierna como una lágrima en la cuna.

Feliz si de un esclavo que sabía  
Enamorar con trova cariñosa  
Mas amor no aprendiera que armonía  
Al son del arpa dulce y sonora.

Iba el docto mancebo modulando

Los ayes del amor en vario tono,  
La bella favorita suspirando  
Hizo el primer desprecio al regio trono.

Un día...: nunca el sol su rayo activo  
Lanzó con más ardor, ni más hermoso  
Fue el pensil y la sombra del olivo,  
Para gozar del celestial reposo

Sediento del halago y del cariño,  
Buscaba Hixén los suspirados lazos  
Y cual sus juegos inocente niño,  
Apetecía el rey tiernos abrazos.

¡Infeliz! ¡ah! repara aquella rosa  
Que el roedor insecto ha deshojado,  
No muevas, no, la planta vagarosa;  
La tumba del dolor está a tu lado.

Vio en la gruta que al fin de los andenes  
Se cubre con la hiedra trepadora,  
Dormir con frescas rosas en las sienes  
La inconstante beldad que el pecho adora.

Vio dormido al esclavo...: frescas flores  
Coronaban su sien...: su labio impuro  
En sueños murmuraba sus amores  
Y el desliz de otro labio más perjuro.

El arpa sobre el césped olvidada  
Con el viento sus fibras conmovía  
Y de su docto dueño enamorada  
Parece que lloraba su agonía.

Ruge el león y silba la serpiente  
Por ofendido amor, la mujer llora  
Y el hombre con la sangre delincuente  
Lava el torpe baldón que le desdora.

Suspira Hixén; su corazón desgarrar  
Una furia infernal; su mano lleva  
Al puño de la corva cimitarra  
Y abre los ojos la infeliz Halewa.

Los abre para ver el golpe airado  
Contra el siervo que amaba su belleza,

El lívido cadáver a su lado  
Y fuera de los hombros la cabeza.

Sangre vio en su vestido y en su velo,  
Que en sangre se tiñó la gruta y senda  
Al rodar la cabeza por el suelo  
En temblor frío y convulsión horrenda.

A lóbrega mazmorra es arrastrada  
Por seis esclavos negros...: ¡ah...! su lloro  
De aljófár puro y tímida mirada  
No pueden dobligar a esquivo moro.

La nueva luz del nebuloso día  
Vio en la punta de un palo en los jardines.  
La cabeza del siervo horrenda y fría  
Y con gotas de sangre los jazmines.

## ROMANCE MORISCO

I  
Tiene el Darro arenas de oro,  
Las tiene el Jenil de plata,  
No hay otro Jeneralife  
Ni tampoco hay otra Alhambra.  
Festejos y diversiones  
Para que luzcan sus gracias  
Quiere dar a las hermosas  
El Rey Chico de Granada:  
Vanegas y Almoradíes  
Con Gomeles y con Mazas  
Al son de mil instrumentos  
En la vega juegan cañas:  
También en Torre Bermeja  
Y en el Albaicín hay zambra,  
Dulce escuela del amor  
Dó se aprende la esperanza.  
En palacios y jardines  
Que mil flores embalsaman  
Hay músicas y cantares  
Y toros en Bibarrambla.  
Adornados miradores  
Ocuparon en la plaza  
El rey con sus caballeros

Y la reina con sus damas.  
Con marlota de brocado  
De labores muy galanas  
En oro y en pedrería  
Se dejó ver la sultana:  
En el jazmín de su frente  
Pura rosa se desmaya  
Y tiene en medio un rubí  
Que de noche es una llama.  
A su lado también brillan  
La hermosísima Daraxa,  
La Fátima, Sarracina  
Y Xarifa y Alboraya:  
En sus trajes y en sus plumas  
Azules, verdes o blancas  
El estado diferente  
De su tierno amor retratan.  
Distraído estaba el rey  
Y un traidor Zegrí se avanza  
Que en secretas conferencias  
En tales términos le habla:  
-«Guardé Alá vuestro poder  
»Y así tomaréis venganza  
»De villanos y cobardes  
»Que son de mestiza casta;  
»Los Abencerrajes, digo,  
»Pues el que a su rey no acata,  
»Aunque de elevada cuna,  
»Ya bastardea y se infama:  
»Con su torpe alevosía  
»La vida y reino os quitaran,  
»Si Gomeles y Zegríes  
»No os tuviesen por monarca.  
»Cuando en la frondosa vega  
»Puesta cruz roja en la adarga  
»Rodrigo Tellez Girón  
»Maestre de Calatrava  
»Con un aguerrido moro  
»Sabéis que escaramuzaba...  
(»Aquí se turba el concepto  
»Y el dolor mi voz embarga),  
»Me entré por Jeneralife  
»Y vi que en la calle larga  
»De frondosos arrayanes,  
»En horas muy poco cautas  
»La reina y Albin Hamad

»Al pie de un rosal andaban  
»En amores descompuestos  
»Y caricias desmandadas.  
»Tras breve espacio miré  
»Dirigirse la sultana  
»A la fuente del laurel  
»Dó esperando están sus damas.  
»Al adúltero y traidor  
»Conocéis: hoy de la fama  
»Buscará las recompensas  
»Al blandir agudas lanzas.  
»Contemplad, pues, sus divisas,  
»Ellas su ambición declaran...  
»Mas del tálamo ultrajado  
»Con qué borraréis la mancha?»  
-«Con sangre: respondió el rey,  
Con sangre el baldón se lava.»  
Sonaron los añafles  
Y al Zegrí volvió la espalda.

## II

Ídolo de las hermosas  
Que sus ojos en él clavan,  
Robando los corazones  
Corrió Albin Hamad la plaza,  
Con gran brío y gentileza  
Monta el moro yegua baya  
Que tiene los cabos negros,  
Tan veloz como gallarda:  
El freno y las estriberas  
Son de muy bruñida plata,  
De mucho precio el rendaje,  
De oro y seda la gualdrapa;  
Lleva el jinete unas plumas  
Que son verdes y azuladas,  
La marlota y capellar  
De finísima escarlata  
Y por divisa este mote:  
Mi pasión vuela muy alta,  
Mi amor soñó una ilusión  
Y real placer alcanza.  
Mirando la letra el rey  
Dijo airado estas palabras:  
-«Pronto bajarás el vuelo  
»Y te cortaré las alas.  
»No serán tus ilusiones

»Ni reales ni soñadas  
»Ni sabrás para tu mal  
»Que aquel que a la tumba baja  
»Por soñar ofensas mías  
»Duerme allí sin soñar nada.»  
Albin Hamad en el coso  
Luce con primor sus galas  
Y de mil diversos modos  
Es su letra interpretada.  
Para alancear un toro  
Pide licencia, la alcanza  
Y después de hacer medida  
Afírmase bien y aguarda.  
Prontamente le soltaron  
Un retinto de Jarama  
Que envistió como león  
Con los ojos hechos brasas:  
Besó el pretal de la yegua  
Y entonces con honda llaga  
Más abajo del testuz  
Le entró la temible lanza.  
Fue el bote de pronta muerte  
Vacila, tiembla, desmaya,  
Con su mole da en el suelo,  
Tiende la cerviz y acaba.  
Un grito de aprobación  
De repente se levanta  
Como cierzo en remolino  
Que espeso pinar asalta.  
Las doncellas granadinas  
Sobre el vencedor derraman  
Con bendiciones de amor  
Frescas rosas y guirnaldas.  
Unas dicen: -«Esa suerte  
»Tan hermosa y tan bizarra  
»La alcaldía de Cantoría  
»Tendrá por segura paga.»  
Otras: -«Ya tiene su mora  
»Prevenida rica manga  
»Con aljófares y perlas  
»Y rubíes y esmeraldas.»  
-«Mata bien»: le dijo al rey,  
Que no aplaudía y callaba,  
Un Abencerraje noble.  
Y el rey replicó: -«Me falta  
»Escuchar de vuestra boca

»Si aquel que de una estocada  
»Mata al traidor, mata bien.»  
Y el otro dijo: -«Bien mata.»  
El rey dejó el mirador  
Preguntando a la sultana:  
-«¿Qué os parece del jinete  
Que aplaudió toda la plaza?»  
-«Que es galán»: dijo la reina,  
-«Galán, repuso el monarca,  
»Y galán con galanteo  
»De la que galán le llama.»

### III

Treinta armados caballeros  
Hay en la vistosa cuadra  
De lucidos azulejos  
Que de los leones llaman:  
Son Zegríes y Gomeles,  
Mañeros en urdir tramas  
Contra los Abencerrajes  
De más timbre y mayor fama:  
También está allí el verdugo  
Con cuchilla preparada  
Y los bárbaros esbirros  
Con cordeles y azagayas.  
Se presenta Albin Hamad,  
Pues un paje de la Alhambra,  
Mensajero cauteloso,  
Le indica que el rey lo manda.  
Como tigres en acecho  
Que ocultan bravías plantas  
Se arrojan sus enemigos,  
Mientras los esbirros le atan  
Y de sus robustos hombros  
La cabeza es separada  
Por la mano del verdugo  
De alabastro en la gran taza.  
Allí murieron tras él  
Otros nobles de su casta,  
Caballeros de gran prez  
Muy ardidados en batallas.  
Si su sangre fue inocente  
Bien el tiempo lo declara  
Que del fino pavimento  
No pudo borrar las manchas.  
Éste fue el primer origen

De discordias y matanzas,  
Hasta que eclipsó la cruz  
Tus medias lunas, Granada.

## EL SUEÑO DULCE

Ninguna como Rojana  
Por hermosa y hechicera,  
Sin ser madre, poseyera  
Los honores de sultana.

Que el rostro de esta mujer  
Con la fuerza de agradar  
Da la ley, tras anular  
Las leyes que dio el poder.

Tienen sus retretes frescos  
Marfil, coral, seda y grana,  
Paredes de porcelana  
Con dorados arabescos

Y hermosos perfumadores,  
Cuya vagarosa nube  
Da su olor y al oro sube  
Del techo de mil labores.

Cuando vierte noche fría  
Bálsamo y consolación  
Sobre el triste corazón  
Que el pesar mordió de día

Las esclavas que allí moran  
La quitan vestido y lazos  
Sosteniéndola en sus brazos  
Como un ídolo que adoran.

Y el tesoro de brillantes  
Que descriñen de su frente  
Vale una ciudad de Oriente  
Con cien torres arrogantes

O una flota engalanada  
De los mares maravilla,  
O el alcázar de Sevilla

O la Alhambra de Granada.

Junto al bien mullido lecho  
La beldad de nieve y rosa  
Reclinó su faz hermosa  
Sobre su desnudo pecho.

Como el ave, cuya gala  
Son las plumas de color,  
Que para dormir mejor  
Pone el cuello bajo el ala.

Penetrando en este instante  
Por los vidrios transparentes  
Sin nubes impertinentes  
En el cándido semblante,

La luna serena y grata  
Dio de adoración ejemplo  
Y al ídolo de aquel templo  
Bañó con su luz de plata.

Con voz tierna que enamora,  
Voz que atrae con imán  
Como la lira de Ossián,  
Dijo a todas su señora:

¿Me diréis, esclavas mías,  
Por mis días  
»De placer y de ilusión,  
»Cuándo más dulce, halagüeño  
»Viene el sueño  
»Y adormece el corazón?»

-«Para mí, dijo una griega,  
»Dulce llega  
»Después que oigo referir  
»Las historias de las hadas  
»Encerradas  
»En palacios de zafir

»Y aquellas virtudes raras  
»De sus varas  
»Que daban el bien y el mal,  
Sus encantos y sus velos  
»A los cielos

»Desde grutas de cristal.»

-«Sueños que mi pecho adora,  
»Dijo Zora,  
»Me da el canto del bulbul  
»Cuando publicó su llama  
»Sobre rama  
»Que se mira en lago azul.»

-«Oiga yo, dijo Zaira,  
»Blanda lira,  
»La cual me adormece bien,  
»Tras las danzas deliciosas  
»Entre rosas  
»En las fiestas del harén.»

-«¡Ah...! no...: contestó Rojana  
»La sultana:  
»Solo aquel sueño es mejor  
»Que viene con la memoria  
»De la gloria  
»Que nos dio el primer amor.

»Antes que al harén viniera  
»Prisionera  
»Fui querida de Ismael;  
»Amurat ora es mi dueño,  
»Mas mi sueño  
»Se hermosea con aquél.»

Calló y en el mismo instante  
Sobre la pérsica alfombra  
Se dibujó larga sombra  
Con barbas y con turbante.

-«¡Pérfida! una voz decía,  
»Tu boca te ha condenado;  
»Tu delito has confesado;  
»Jamás, jamás serás mía.

»Yo sé cuál sueño es mejor;  
»Te daré sueño de muerte,  
»Sueño largo..., y de esa suerte  
»No tendrás sueños de amor.

## ZAIDE

Nazarena por la fe  
Y por los blondos cabellos,  
Paraíso de las flores,  
Hurí de los ojos negros,  
Mal me temen los cristianos  
Cuando soy tu prisionero,  
Cuando puede a los pies tuyos  
Ser mi verdugo un desprecio.  
Cruz de plata por joyel  
Guardaba tu hermoso seno,  
Sonreías a mi amor,  
Descuidabas de tu velo  
Y cuando a libar fue el labio  
Las delicias del contento  
Interpusiste la cruz  
Y ella recibió mi beso.  
Alá sabe y lo perdone  
Que los labios de su siervo  
Adoraron sin querer  
Esa insignia del Dios vuestro,  
Insignia que en los combates  
Cuando relució mi acero  
Cercana a la media luna  
Nunca pudo alzar del suelo.

Mas tú no quieres, bella y desdeñosa,  
En Granada lucir tus atractivos  
Y con una mirada cariñosa  
Comprar la libertad de cien cautivos.

No quieres respirar el blando ambiente  
De mis fragantes rosas y jazmines  
Ni que tus ricas joyas del Oriente  
Valgan más que la Alhambra y sus jardines.

Allí vieras mis plantas olorosas  
Abrir su puro cáliz al rocío  
Y en el harén cautivas mil hermosas  
Agostarse sedientas de amor mío.

Pues no quiero, cristiana, que lo ignores;  
Ya les dictó la ley su esquivo dueño;  
Sólo verán la luz de mis rigores,

Sin un halago dormirán su sueño.

Pero si tú habitaras mis vergeles,  
Libres entonces de cadenas de oro  
Las cediera al amor de otros donceles,  
No te afligieran con su infausto lloro.

Y más te juro: si a mi afán sincero  
Dieres en un suspiro una esperanza,  
Mira a tus pies mi vengador acero  
Y aprenderás lo que tu amor alcanza.

Ya no será fatal a tus altares,  
Ya no debes temer sus locas iras;  
Puede servir de adorno a tus hogares  
Es tuyo, nazarena, si suspiras.

Ven a Granada, ven, blanca paloma,  
Gloria del sol, origen de placeres,  
Lirio del valle, celestial aroma,  
Zalde será tu esclavo si lo quieres.

Brillarás con diamantes escogidos;  
Serán las perlas tu menor decoro,  
Las riquezas de Zaide tus vestidos,  
Su corazón, si lo amas, tu tesoro.

Al blando son de célica armonía  
Reclinarás tu sien entre mis brazos  
Y nunca brillará la luz del día  
Sin que bendiga yo tan dulces lazos.

Dirás, cristiana, a los tuyos  
Que ya es Zaide tu cautivo  
Y que pueden más tus ojos  
Que sus lanzas y su brío:  
Dirás que tienes mi alfanje  
Y que todo te lo rindo:  
Vida, corazón, amores  
Y palacios y castillos.  
Mas no callarás, hermosa,  
Que el postrado y el vencido  
Ha logrado más que todos,  
Pues se lleva tus suspiros.

## ORIENTAL

### I

Del polvo que en la tumba está dormido  
No pueden saber nada los despiertos,  
No carece de arcanos ese olvido:  
Respetad los sepulcros de los muertos.

Si se esconden allí vuestros amores,  
Si allí una flor balsámica no asoma  
Llorad, que vuestro lloro dará flores  
Y, si después rogáis, tendrán aroma.

Si al polvo fe jurada es inconstante  
No crucéis del sepulcro los confines  
Con el traje de boda rozagante,  
Coronados con rosas de festines.

No sea que, al buscar los nuevos lazos,  
Tras la profanación más atrevida  
Halléis un esqueleto en vuestros brazos  
Que os hiele corazón, tálamo y vida.

¿Quién, pasado el tremendo parasismo  
Y el último estertor, tuvo la suerte  
De volver a esta luz desde el abismo  
Y contar un después que hay en la muerte?

Esos ríos que en perlas se desatan  
Y que corren al mar, que es su destino,  
Que en claro fondo de zafir retratan  
Larga sombra de errante peregrino

Llegan al lecho azul dejando flores,  
Mueren perdiendo el nombre con el suelo;  
Mas subirán al éter en vapores  
Y formarán el iris en el cielo.

Del polvo que en la tumba está dormido  
No pueden saber nada los despiertos.  
No carece de arcanos ese olvido:  
Respetad los sepulcros de los muertos.

### II

-«¡Única flor del Oasis,

(Decía Tanbé a su Laila),  
Y horizonte de mis glorias  
Con dos lunas siempre claras!

¡Rayo de sol que iluminas  
Una tienda solitaria!  
¡Y ave de ligeras plumas  
Que en mi boca bebes agua!

¿Quieres saber cómo estimo,  
Reina de mi amor, tus gracias?  
Como conocida sombra  
De la gigantesca palma

Que cría racimos de oro  
Con doseles de esmeralda,  
Que me sombreó la cuna  
Mientras aromosas auras

O los sueños me traían  
O los sueños me quitaban,  
Como la voz de mi madre  
Y el beso de mis hermanas.

¡Mírame, que eso es la vida!...  
Mas cuando de mí te apartas  
Es la muerte... deja un frío  
Que me hiela las entrañas.

Yo quisiera que mi frente  
Que el sol del desierto abrasa  
De la corona del mundo  
Bajo el cerco se ocultara,

Que cubriesen sus rubíes  
Los surcos que el dolor labra,  
Que el brillo de sus diamantes  
Mintiese placer do hay ansias.

Quisiera tener un nombre  
Que tronase mi amenaza  
Sobre solios vacilantes  
A los pálidos monarcas

Y Palacios de marfil  
Con torres de porcelana

Do las reinas a tus pies  
Se postrasen como esclavas.

Yo entonces con mis tesoros  
Compraría en tu mirada  
Las glorias del Paraíso  
Que el Profeta me señala.

Pero yo he nacido pobre  
Y las perlas no se engastan  
Sino en oro del Ofir  
Que su mérito realza.

Los aromas estimados  
Que da nuestra común patria  
Los consumen los califas  
En urnas de limpia plata.

Se ponen las frescas flores  
En los búcaros de nácar;  
Los emires las deshojan  
Cuando de su olor se cansan.

¡Ay del que nació desnudo  
De fortunas y esperanzas  
Con altivos pensamientos  
Y rica de amor el alma!

Óyeme, sol de la tarde,  
Que a nubes de azul y grana  
Bordas flores de topacios  
En las rutilantes franjas...

Me ha consumido tu amor:  
Siento ya que se adelantan  
Con la noche de la muerte  
Los sueños que no se acaban.

No seré... mas si en la tumba  
Con tu dulce voz me llamas  
Yo responderé a tus ecos,  
Que las tumbas también aman.»

III

Ella tiene tez bruñida  
Como el mármol de Carrara

Y en los labios la dulzura  
Y en el pensamiento llama.

La riqueza está en su seno  
Y el imán en sus palabras;  
Pero al contemplar sus ojos  
Y sombra de sus pestañas

Diríamos que el de Urbino  
La contornó tras soñarla,  
Que Murillo dio las tintas  
Y el original las hadas.

La fuente de espejo azul  
La entretiene y la retrata  
Y en el cristalino fondo  
Su risueña imagen nada.

La fuente refleja cosas  
Que nunca el pincel alcanza:  
Movimiento de dos globos  
Que un suspiro sube y baja,

Cabellos que por su peso  
Por el cuello se desmayan  
Los grillos de perlas dejan  
Y las cárceles de gasa

Y unos ojos con tal fuego  
Que las linfas, por su causa,  
Si bullen es que se queman,  
Murmuran porque se abrasan.

Tanbé su cabeza inclina  
Sobre la virginea falda  
Y en las suyas aprisiona  
Manos que a la seda igualan.

Busca la luz de unos astros  
Y en sus resplandores halla  
Un cielo tras otro cielo  
Que con nueva gloria pasa.

Sólo Dios puede medir  
El fuego de estas miradas  
Que con dulce magnetismo

Dentro el corazón se lanzan.

Mas los labios del doncel  
Van perdiendo roja grana,  
Frío mármol son sus miembros,  
Su cabeza es más pesada.

De su pecho que es cenizas  
Última pavesa salta  
De un suspiro moribundo  
Que en los labios se le apaga.

Tres veces los tristes ojos  
Al cenit de su amor alza  
Y en el seno de la hermosa  
Con un beso rindió el alma.

Entonces entre las hierbas  
Reptil verdinegro arrastra  
Que, lanzándose en la fuente,  
Su cristal sereno mancha.

Turbia, reflejar no puede  
Perlas, atavíos, galas  
Ni el oro de sus arenas  
Muestra con hermosa calma.

Mas de cuando en cuando forma  
Círculos que se dilatan  
Y son lágrimas de luto  
Que va derramando Laila.

IV

Con el dítamo de olvida  
Cura el tiempo cuando pasa  
Las heridas que amor abre  
Con las flechas de su aljaba.

Hoy muere la flor de ayer;  
Si otra nueva engendra el alba  
Que brinde con nuevo aroma  
¿Quién se acordará mañana?

Ya la hermosa no suspira,  
Que en dulce pasión se inflama  
Rindiendo amorosos votos

De himeneo ante las aras.

Con la pompa del festín  
En lucida caravana  
Cruzó el sitio de dolores  
Do Tanbé infeliz descansa.

Las rosas de sus mejillas  
De rojas las mudó en gualdas  
Cuando el temerario esposo  
La decía: -«Desposada,

»Veamos si las promesas  
De las tumbas salen vanas,  
Si los muertos tienen voz  
Y de sus amores tratan.

»Quiero que la sombra invoques  
De aquel que en su edad temprana  
Marchitaron los incendios  
De los soles de tu cara.»

Resiste, mas él se enoja:  
Ya obedece la cuitada;  
Pero apenas de sus labios  
El nombre adorado salta

Cuando un pájaro terrible  
Vuela de vecinas ramas,  
Y, asustándose el camello  
Que guía la infeliz Laila,

Contra el mármol del sepulcro  
La estrenó con furia tanta  
Que allí pereció en sus bodas  
Y allí yace sepultada.

## JIDA Y KALED

Historia maravillosa, dijo Mehdi Karab; merece escribirse  
con letras de oro.

I  
Porque nacieron libres son osados

Los leones que lanzan ira y muertes:  
No os deslumbren los hierros por dorados;  
Borrad la esclavitud y seréis fuertes.

Las tribus de desiertos arenosos  
Llevan toda su patria en una tienda  
Que de nocivos rayos calurosos  
La generosa prole les defienda.

Que la patria es el suelo que se pisa  
Con pie que no embarazan las cadenas,  
Ya sea fresco Edén con flor y brisa,  
Ya páramo con tórridas arenas.

Sus vírgenes anhelan los amores  
Del que mostró en la lid mayor pujanza  
Y halagan sus corceles voladores  
Y sus hijos heredan una lanza.

Dos luceros tiene Jida  
Como dos azules gotas  
De las aguas de los mares  
Sobre el nácar de una concha,

Rostro en que su pensamiento  
Rayo inteligente arroja,  
Perfección en los contornos,  
Purpúrea y pequeña boca,

Pureza de lineamentos  
Y elegancia de las formas  
Y en una mirada tierna  
Retratada el alma toda.

Ni las venas ni nudillos  
En las manos se le notan  
Y el ampo de nieve pura  
Les puede servir de sombra.

Mas ¿quién en belleza tanta  
Puso un corazón de roca  
Que ama las sangrientas lides  
Sediento de las victorias?

Niña la llevó su padre  
Por las selvas espantosas

Y, entretenido en la caza  
De las fieras que allí moran,

Componiéndole una cuna  
Con dosel de frescas hojas  
Al pie de fugaz arroyo  
La dejó dormida y sola.

Sale de vecina gruta  
La tigre más horrorosa  
Cuya piel con mil caprichos  
La naturaleza borda;

Sus garras van bien provistas  
De unas cimitarras corvas  
Y en el celo del amor  
Sus ojos mil chispas brotan.

Se acerca a la verde cuna  
Y envaina sus armas todas  
Halagando a la hermosura  
Con la vacilante cola.

Jida vuelve de su sueño;  
Sus manos de flor coloca  
Sobre la cerviz robusta  
De la fiera bienhechora;

Pende luego de su ubres  
Y la leche que atesoran  
Con tal abundancia bebe  
Que sus labios la rebosan.

Tres leones mató Záher  
Y al momento en busca torna  
De la prenda de su amor  
Que yace en florida alfombra

La vio que exprimía el pecho  
Bebiendo leche que brota  
De aquella feroz nodriza  
Que, a su vista, presurosa

Desliza por los juncas  
Y por las quebradas hondas,  
Mientras él con la sorpresa

Dice al viento tales cosas:

«¡Tribu de Beni-Assac! ¡tribu escogida!  
Tú me viste exhalar gemido flébil  
Cuando me llamé padre y nació Jida...  
¿De qué sirve a tu gloria el sexo débil?

»Yo codiciaba darte un hijo mío  
Que siempre en el combate apareciese  
Do es más espeso el polvo, do hay más brío,  
Do la enemiga sangre más corriese.

»Así cerré mi vista al fruto aciago  
Inútil de la guerra al grave peso;  
Desnudo de esperanza fue mi halago  
Y mezclado con hiel el primer beso.

»Mi esposa me decía: -Su belleza  
Brilla como el sol puro y luminoso;  
Mas yo le respondía con tristeza:  
-Ponle corazón de hombre y soy dichoso.

»Mas ya cesan mis ansias y dolores;  
¡Tribu de Beni-Assac, dispón las lanzas!  
Quien de tigre mamó, bebió furores:  
¿Quién ha de poner dique a sus venganzas?

»Sin duda que escondió naturaleza  
Como por un error o antojo ciego,  
En seno virginal la fortaleza  
Y en la cárcel de flor alma de fuego.

»¡Fruto digno de mí! ¡gloria del hombre!  
¡Tú llenarás mis días de placeres!  
Yo te llamo Giodar; te doy un nombre  
Que no llevan las débiles mujeres.

»En traje de varón y replegados  
Los hermosos cabellos, lluvia de oro,  
Domarás los corceles esforzados  
Y tendrás una lanza por tesoro.»

Dijo y al levantarla de su lecho  
Con un beso selló su frente pura  
Y destiló valor al hondo pecho  
Y realzó su cándida hermosura.

Jida se mudó en Giodar  
Y en niño la niña airosa  
Y la doncella en garzón  
Que al duro enemigo doma.

Ciñe damasquino alfanje  
De luciente y sutil hoja  
Cuyo puño de esmeraldas  
Un grueso rubí corona.

Malla de bruñido acero  
Sujeta sus blancas pomas  
Que, oprimidas duramente,  
Sufren y no desarrollan.

Nuevas os dará el desierto  
De su lanza vengadora  
Si entre piedras amarillas  
Miráis unas piedras rojas.

De las enemigas tribus  
Las doncellas y matronas,  
Sus amantes y sus hijos  
De Giodar cautivos lloran;

Y sobre el tapiz de Alepo  
Se desmayan y se agostan  
Como moribundas flores  
Que rústica mano corta.

Y los fuertes están tristes  
Fijando miradas torvas  
Sobre las profundas huellas  
Del corcel que Giodar monta

O, sentados a los pies  
De las palmas tembladoras  
Como estatuas del silencio,  
Meditan pasadas glorias.

Las más lindas hermosuras  
Van repitiendo a sus solas:  
-«De caudillo tan ilustre  
¡Quién pudiera ser esposa!»-

Mas él por los arenales  
Vive, como las leonas,  
De la presa que arrebató  
Y ciego a la lid se arroja

Y a los árabes errantes  
Encarga con voz sonora:  
-«Dad saludes a mi tribu,  
Dadle paz con mi memoria.

»Pronto se verá mi madre  
Con rico botín y pompa  
De esclavas de hermosos ojos  
Que la llamen su señora.

»Ella teme por mi vida...  
¡Temor vano! Hay una copa  
Que al fin hemos de apurar  
Con las últimas congojas.

»¡Por últimas, son felices!...  
La fuente de amargas ondas  
Del morir he de beber:  
Pronto o tarde, nada importa.

»Dad saludes a mi tribu:  
Mi brazo no la abandona;  
Los tigres le están sumisos  
Y los reyes se le postran.»

## II

Hay otra noble tribu de guerreros  
Que idolatran las bélicas fatigas  
Y parten al combate los primeros  
Dando un esquivo adiós a sus amigas.

Su caudillo es Kaled. Su pecho duro  
Rodeó la eficaz naturaleza  
De sólido metal con triple muro,  
Uniendo la hermosura y fortaleza.

En vivas ansias arde el garzón fuerte  
De estrechar con Giodar amigos lazos,  
De correr en la lid la misma suerte  
Y de mirar al héroe entre sus brazos.

Presentes de caballos atesora  
Y arneses, lanzas, flechas y puñales  
Guarnecidos de perlas de Basora  
Y tapices, estofas y cendales;

Y aplicando al bridón la dura espuela  
Seguido de escuadrón noble y brioso  
Salva los arenales, corre, vuela  
Y presenta a Giodar el don precioso.

Benigno lo recibe y agradece  
Y a Kaled, conocido por su fama,  
Tras un estrecho abrazo que le ofrece  
Con singular placer amigo llama.

Cual dos cedros del Líbano eminentes  
Que crecen a la par y en hondo suelo  
Enlazan sus raíces diferentes,  
Alzando igual ramaje al alto cielo

Unen los dos caudillos estorzados  
Inclinación, deseos y aficiones;  
Se parten las fatigas y cuidados  
Y estrechan generosos corazones.

Mas ¡ah!... ¡del ciego amor en vano intenta  
Defenderse el ardido en las batallas!  
Su agudo pasador más se ensangrienta  
Con los pechos que visten duras mallas.

Giodar siente su fuego: incierto gira  
Con incógnito peso sobre el alma;  
Tal vez vierte una lágrima y suspira;  
No sabe qué es amor, mas no halla calma.

De su madre en el seno cariñoso  
Suelta en fin de este modo su lamento.  
-«Si a Kaled no consigo por esposo  
Yo moriré al rigor de mi tormento.

»Yo desprecié la muerte y sus rigores  
Y la caza y la lid tuve por bienes;  
Mas yo temo morir sin sus amores:  
Sólo pueden matarme sus desdenes.»-

Ella con tales voces la consuela:

-«El es digno de ti: su faz hermosa  
Su corazón magnánimo revela  
Y su lanza su fuerza poderosa.

»Deja el traje falaz que desfigura;  
Como conviene al sexo te engalana  
Y encontrándote virgen bella y pura  
Esclavo de tu amor será mañana.»-

Giodar en la bella Jida  
Con el traje se transforma,  
Sentada sobre un diván  
En atmósfera de aromas.

En dorada profusión  
Sus largos cabellos flotan  
Y desnudo muestra el seno  
Do su trono amor coloca.

Su túnica delicada,  
Que flores de plata bordan,  
Con un chal por la cintura  
Levemente se aprisiona.

Y pasan sus blancos brazos  
Por mangas de verde ropa  
Que hasta el codo van abiertas  
Cayendo al descuido flojas.

Calzón lleva de mil pliegues  
Y finísimas ajorcas  
Que de los pies las gargantas  
Ciñen con prisión graciosa.

Así al lado de su madre  
Que de sus miradas goza  
De su amor la vista espera  
Culpando las tardas horas.

Kaled llega y al mirarla  
Queda con el alma absorta  
Dudando si es realidad  
O sus ojos se equivocan

Celestial aparición  
De una Fada se le antoja;

Tal vez una Hurí la juzga  
Y calla porque lo ignora.

Mas la madre de la bella  
Su duda y silencio corta  
Diciendo: -«Ved si el cariño  
Pequeños prodigios obra.

»Jida nunca fue Giodar:  
Sed de empresas hazañosas  
Con el traje de varón  
La llevó do el valor choca;

»Pero vuestro amor su pecho  
Con tal inquietud acosa  
Que os revela los secretos  
De su sexo y de su historia.

»Poned fin a los afanes  
Que su corazón devoran:  
Vos la hubisteis por amigo;  
Yo os la ofrezco por esposa.»

Turbado quedó Kaled,  
Mas respondió sin demora:  
-«Yo no pensé separarme  
De Giodar: mi fe me abona;

»Mas supuesto que es mujer  
Su amistad desprecio agora:  
Yo antepongo a las beldades  
De más mérito y más nota

»La sociedad de los fuertes  
Y la lid que ellos arrostran,  
Y la caza de elefantes  
A las más risueñas bodas.

»Mi tribu no tiene jefe;  
Sus hijos mi nombre invocan:  
Parto, pues... lazos de amores  
Afeminan, emponzoñan.»-

Dijo y, raudo como el viento  
Cuando el arenal azota,  
Voló sobre su corcel

Que su negra crin tremola.

Jida quiere morir; penas extrañas  
Roban el blando sueño de sus ojos  
Y la seda sutil de sus pestañas  
Brilla con una lágrima de enojos.

¡Oh, flor de Beni-Assac! El amor ciego  
Es la tigre de manchas salpicada  
Cuya leche bebiste con sosiego  
Sobre tu verde cuna regalada.

Su veneno discurre por tus venas,  
Mas bebiste con él fiera pujanza:  
Del abismo insondable de tus penas  
Te sacará el furor de la venganza.

-«Ya no quiero morir -exclama-; quiero  
Ver rendido a mis pies al orgulloso,  
Con cadena tenaz domar al fiero  
Y que sufra desdén el desdeñoso;

»Ver que implora piedad, ver que suspira,  
Mi volcán a su pecho trasladado  
Y que su corazón por mí respira  
Con duro torcedor atormentado.»-

Dice y, tomando el traje de beduino,  
Vela su linda faz de nieve y rosa,  
Deja todo su ornato peregrino,  
Recoge su madeja vagarosa

Y montando un trotón, bruto escogido  
Que el fuego que su pecho reconcentra  
Lanza en grumosa espuma convertido,  
La tribu de Kaled busca y encuentra.

Mirando al adalid cuando a su gente  
Adiestraba en la bélica fatiga  
Le retó con un ímpetu insolente  
A singular combate la enemiga.

El choque igual se muestra: su ardimiento  
Manifiestan los dos y esfuerzo apuran  
Sin herirse, sin ver el vencimiento,  
Por más que con ahínco lo procuran.

Dejan a nueva luz nueva pelea  
Y siempre igual el brío se mantiene,  
Sin que el más docto en armas entrevea  
Quién de los dos más fuerza y vigor tiene.

Mas Kaled, apurada su osadía,  
Dice al rival: -«En nombre de Dios fuerte,  
Que me digáis quién sois, quién os envía:  
Vuestro brazo es el brazo de la muerte.

»Vuestro aliento es el soplo llameante  
Del simoún que abrasa fiero y hombre;  
Dejadme contemplar vuestro semblante;  
Decidme vuestra tribu y vuestro nombre.»-

Mostró entonces la virgen su faz pura  
Y exclamó: \_-«Yo soy Jida, despreciada  
De aquel que a los halagos de hermosura  
Prefiere caza y guerra denodada.

»Yo he venido a mostrar la fortaleza  
De la más ofendida entre mujeres:  
Mirad si sólo es buena la belleza  
Para afeminaciones y placeres.»-

Cubrió luego su nítido semblante,  
Dio riendas al corcel y dejó el campo  
Y a Kaled suspiroso y vacilante  
Perdiendo de su luz el vivo lampo.

El fuerte Kaled se aflige;  
Ya la caza le es odiosa:  
Libres vagan los chacales  
Y los tigres y las onzas.

El amor llena su pecho  
Y del alma no se borra  
La dulce adorada imagen  
De la virgen belicosa.

Cargado de ricos dones  
Y al frente de noble escolta  
La tribu de Beni-Assac  
Por norte a sus ansias toma.

Con Záher, padre de Jida  
Brevemente así razona:  
-«Yo moriré de tristezas  
Como flor que se deshoja,

»Como arroyo que se seca,  
Como fuente que se agota,  
Como la gacela herida  
De la flecha matadora,

»Si de Jida entre los brazos  
Mi pecho no desahoga  
Penas que de sangre son,  
Pues triste vivir acortan.»

-«Yo no tengo (dijo Záher)  
Hija alguna: rica joya  
Me dio Alá en un hijo mío  
Que Giodar las tribus nombran.

»Mas ya que sabéis secretos  
Que tanto a los dos nos tocan,  
Ya que vuestra lanza es fuerte  
Según en la lid denota,

»De Jida la mano os doy.  
El precio de su persona  
Serán mil camellos rojos  
Que carguen profusa copia

»De producciones del Yemen  
Y de esencias olorosas.»-  
Luego dio noticia a Jida  
De las prometidas bodas.

La doncella respondió:  
-«Las admito; soy su esposa  
Con tal que matar prometa  
Para el día de mis glorias

»Mil camellos escogidos  
De la tribu poderosa  
Beni-Amet, veinte leones  
Y en dura esclavitud ponga,

»Para que mi sierva sea,

La doncella más graciosa  
De un príncipe de Kaíl,  
Que a mis pies derrame rosas.»-

Kaled el tratado admite  
Y peligro no perdona,  
Que el amor sabe allanar  
Cuanto su placer estorba.

El adalid mandando mil valientes  
De Beni-Amet la tribu hirió con ellos  
Y después de batallas diferentes  
Arrebató un botín de mil camellos.

Cautivó una doncella generosa  
Que puso entre cadenas y prisiones  
Y blandiendo cuchilla luminosa  
Mató en el arenal veinte leones.

Así las dulces bodas proyectadas  
Tuvieron su felice cumplimiento  
Y las lejanas tribus, asustadas,  
Soltaron de este modo el triste acento:

-«De las hondas cavernas protegidos  
No estaremos seguros ni encubiertos:  
El tigre y el león están unidos  
Y forman el terror de los desiertos.»-

## LEYENDA TÁRTARA

I  
Teu-Man siempre halagado del destino  
De Tartaria el imperio se asegura  
Desde la extremidad del Ponto Euximo  
Al Oby, que al mar Caspio se apresura.

Sus palacios levantan a los vientos  
Sus cúpulas hermosas y doradas  
Y llenan sus vistosos campamentos  
Tiendas de negras crines fabricadas.

Obtuvo de un enlace lisonjero  
Fruto dulce de amor en dos garzones:

Mothé debió a la suerte ser primero,  
Con felices agujeros y visiones

Lo concibió su madre cariñosa  
Viendo en el éter límpido y sereno  
Brillar un claro sol de luz hermosa  
Que cayó del cenit sobre su seno

Y libre encaneció de los dolores  
Que acompañan al trance riguroso  
Y fuera de estación brotaron flores  
Que dieron un aroma delicioso.

Un ciervo de grandeza desmedida,  
Más blanco que los grumos de la espuma,  
Perdió su libertad y errante vida  
Pasado de un arpón que calza pluma.

Aves de extraños climas entonaron  
Cánticos deliciosos de alegría  
Y magos sabidores auguraron  
Toda felicidad al que nacía.

Los ojos del garzón afortunado  
Brillan como la llama cuando crece  
Y en su pecho el valor volcanizado  
La color del semblante le enrojece.

Son sus fibras robustas y aceradas,  
Como las del león de las arenas  
Que vive de sus presas codiciadas  
Y es de lava la sangre de sus venas.

Cuando mide la fuerza de sus brazos,  
Entre solaz pueril, con sus iguales,  
Los oprime y ahoga con abrazos:  
Son sus manos argollas de metales.

De su temprana edad en los verdores  
Diez estíos le dio Naturaleza  
Cuando, a vista de tres embajadores,  
Quiso mostrar su brío y su destreza.

Tres veces armó el arco y otras tantas  
Hizo gemir el viento con tres flechas  
Y tres aves cayeron a sus plantas,

Abierto el corazón con hondas brechas.

Cabalga en bridón tártaro sin silla,  
No se cala bruñido capacete;  
Componen su armadura su cuchilla,  
Lanza, coraza corta, sin almete.

Que ondean sus cabellos como un velo,  
A merced de las auras desprendidos,  
Libres como las águilas del cielo  
Que vuelan a las peñas de sus nidos.

Pero Teu-Man no aprecia la bravura  
Del doncel ni a su beso el rostro inclina  
Ni le halaga con plácida ternura  
Ni al trono del imperio le destina.

Ama sólo a Kin-Kan, hijo segundo,  
Feble como las hojas desprendidas,  
Que a llorar cual mujer vino a este mundo,  
No a fatigar trotón ni regir bridas.

Para dar a Mothé bárbara muerte  
Finge el padre negocios de un tratado  
Y hablóle blandamente de esta suerte,  
Mintiéndole lisonjas con agrado:

-«Con las tribus de Yent-chi paces quiero  
Y asentadas, te entrego mi corona:  
Tú debes ser el fausto mensajero;  
Tú sólo representas mi persona.

»Cumple, pues, mis mandatos, hijo mío;  
Tienes segura tregua y franco suelo:  
Nada te tocará sino el rocío  
Y la lluvia que caiga desde el cielo.»-

Así le dijo el pérfido y convida  
Con secreta misión al enemigo  
Para que corte en flor la hermosa vida  
Del que le ofrezca paz pidiendo abrigo.

Mothé toma su aljaba y pasadores  
Con las hieles de víbora teñidos  
Que dan un fin atroz con mil dolores  
Y entumecen los miembros afligidos.

Toma un corcel que juzgan engendrado  
En la estación feliz de primavera  
Por un soplo del céfiro aromado  
Bebido por la yegua en la pradera.

Y, al fulgor de la luna señalada,  
Parte y salva los vastos arenales,  
Como si conducido de una Fada  
Volase por regiones eternas.

Dormido sobre el bruto un breve instante,  
Soñó un espectro lívido, horroroso,  
Con sanguinosa cinta por turbante  
Y exclamó dando fin a su reposo:

-«Infausta es mi misión según mi sueño;  
Mi padre no me amó... ¡guay no me venda!  
Nunca pudo mirar sin grave ceño  
Mi sombra entre los pliegues de su tienda.

»La guerra es el cimiento del Estado:  
Ensanchemos los límites al mío;  
Venzamos con un hecho señalado  
La fuerza con que amaga el hado impío.

»No conozco la ley de mi contrario;  
Conozco de mi brazo la pujanza:  
Dichoso es en la liz el temerario;  
No quieren paz mi dardo ni mi lanza.»

Dijo, sacó una flecha y con su punta  
Tocó de su bridón la enhiesta vela  
Que, mostrando su fuerza toda junta,  
Más veloz avanzó que una gacela.

Ya distingue las tiendas enemigas  
Y abundantes camellos y ganados,  
Y el resplandor de lanzas y lorigas  
Hierde sus ojos negros y animados.

Ve una nube de polvo y al encuentro  
Le sale el jefe astuto y advertido  
Ocupando entre bravos noble centro,  
Sobre revuelto potro guarnecido.

Mothé detiene el suyo prontamente,  
Toma el arco letal, que va cediendo  
Sus elásticos cabos igualmente,  
Al nervio retorcido obedeciendo;

Y al adalid arroja una saeta  
Que, pasándole el pecho sin coraza,  
A muerte dolorosa le sujeta  
Y el hondo corazón le despedaza.

Luego a volver las riendas se apresura  
Y a un grito de su voz bien conocida  
Vuela su pisador por la llanura,  
Cual neblí tras la garza perseguida.

Es vano que le sigan con enojos  
Seis jinetes de esfuerzo prodigioso;  
Cual relámpago pasa por sus ojos,  
Apagado su rastro luminoso.

Teu-Man lo recibió sin alegría,  
Las dudas del mancebo confirmando;  
Mas, por premiar su hazaña y osadía,  
Puso diez mil jinetes a su mando.

Un resplandor de gloria y de esperanza  
Baña la faz del bravo con tal nueva;  
Su corazón respira con holganza,  
Su mente como el águila se eleva.

Manda fabricar flechas silbadoras  
Y que agucen sus hierros herbolados,  
Y al frente de las huestes vencedoras  
Dictó esta sola ley a sus soldados:

-«Si alguno no flechare con presteza  
El blanco do mi flecha se encamine  
Pierda como rebelde su cabeza  
Y su cuerpo a los perros se destine.»-

Partió para la caza de leones  
Y al ver uno de fuerza desmedida  
Le disparó el mejor de sus arpones,  
Que por el cerro entró con honda herida.

Algunos de su séquito quedaron

Sin disparar sus arcos y al momento  
Del tronco sus cabezas se apartaron  
Y el tronco dio a los buitres alimento.

Uno de sus caballos más hermosos  
Tomó también por blanco de sus tiros;  
Algunos no flecharon recelosos  
Y rindieron su vida con suspiros.

Furioso porque amor, entre pensiles  
De dormida quietud y de embelesos,  
Detenía sus bríos juveniles  
De una tártara hermosa con los besos

Convocó sus guerreros enojado  
Y disparó con ímpetu su vira  
De la beldad al seno descuidado,  
Que fue de un tierno amor sangrienta pira.

Algunos sus saetas detuvieron,  
Que herirla no podían siendo heridos  
De la luz de sus ojos... Perecieron,  
Enamorados sí, no arrepentidos.

Contra un bridón hermoso y regalado,  
Peceño, de crin larga y raza fiera,  
De su padre Teu-Man muy estimado  
También quiso arrojar flecha ligera.

Ninguno le faltó: de pasadores  
Una funesta lluvia se desata  
Que, volando con plumas de colores,  
Al fogoso cuadrúpedo maltrata.

Una feroz sonrisa se ha pintado  
De Mothé silencioso en el semblante:  
Es león con ayuno prolongado  
Que la segura presa ve delante.

Pues presente le han hecho con su afrenta  
Del padre la pasada alevosía  
Furores y venganzas alimenta,  
Ve fieles a los suyos y confía.

En la caza de tigres y leopardos  
Halló al emperador entretenido;

Lo traspasó con uno de sus dardos  
Que de mil y mil otros fue seguido.

Cayó Teu-Man al suelo, taladrado  
De una nube de puntas aceradas  
Y Mothé por señor fue saludado  
De todas las falanges esforzadas.

Subió del alto solio al hemisferio  
Do el poder altanero se sublima  
Y ensanchó de Tartaria el gran imperio  
Por la parte oriental y opuesto clima.

De las tribus de Yent-chi embajadores  
Como don singular le demandaron  
Dos mujeres más lindas que las flores  
Que de Teu-Man los días aromaron.

Accedió a su demanda y les decía:  
-«¿De qué sirven las frescas hermosuras?  
Enervan el valor y la osadía;  
Grillos de esclavitud son sus ternuras.»-

Dieron segunda vez esta embajada:  
-«Entre vuestro dominio y el ajeno  
Hay cien leguas de tierra abandonada  
Y posesión pedimos del terreno.»-

Se irritó como el mar cuando destierra  
De su seno la paz y gritó airado:  
-«Preparad las cuchillas a la guerra;  
La guerra es fundamento del Estado.»-

Y sin dar a su esfuerzo tregua alguna,  
Mandando sus ejércitos más gruesos,  
De los Yent-chi borró nombre y fortuna,  
Pirámides alzando de sus huesos.

## II

En un solio de muelles almohadones  
Cuajado de costosa pedrería  
Y bordado de sierpes y dragones  
En oro, plata y perlas que el mar cría,

Se sienta entre sus nobles mandarines  
Han-Kao-zou, guerrero que domina

Por todas sus regiones y confines  
Todo el celeste imperio de la China.

Una nube de pálida tristeza  
Cubre su faz y enluta su persona;  
Mas se anima la súbita fiereza  
Y con un mago suyo así razona:

-«Dormido sobre un trono conquistado  
Me despierta el silbido de huracanes;  
El sueño huyó y el trono ha vacilado  
Y por sol me ilumino con volcanes.

»¿Ves el septentrión?... Voraces bríos  
De un incendio devoran mis ciudades  
Y rojos con la sangre de los míos  
Están todos los campos y heredades.

»¿Qué sierpe ha deslizado entre mis flores  
Con la nocturna sombra ocultamente,  
Que marchita sus plácidos verdes  
Con hálito feroz y pestilente?...

»¿Quién es ese chacal de hambrienta boca  
Que, mirando al león, sin que se asombre  
De sus uñas de acero, lo provoca  
Y lo reta a la lid?... Dime su nombre.»

-«Mothé se llama el jefe temerario  
Que las provincias fértiles agosta;  
Su ejército atrevido y sanguinario  
Se extiende como nube de langosta.

»El tártaro adalid tiene en su pecho  
De vivo pedernal un triple muro;  
A su ambición el mundo es muy estrecho  
Y en el mayor peligro está seguro.

»¡Infeliz aquel blanco que él acecha  
En torva lid al frente de su escuadra!  
Donde la vista pone va la flecha  
Que a las aves encuentra y las taladra.»

-«Se burla de los dardos más impíos  
Feroz rinoceronte bien armado  
Y el mar bebe las aguas de los ríos;

Yo beberé la sangre del malvado.

»Yo pisaré la gloria de su raza  
Y si vivo en mis hierros le aseguro  
Le arrancaré con dientes de tenaza  
Pérfido corazón del pecho impuro.

»Y mientras yo buscare al enemigo  
Usa tú de tus artes más oscuras;  
Al campo te vendrás; vendrán contigo  
Esas seis peregrinas hermosuras

»Que doman el valor de los más bravos  
Con artes encantadas de tal suerte  
Que, besando sus pies febles esclavos,  
Con la miel de placer beben la muerte.

»Pues si faltan las armas de la tierra  
Con maléficas artes del infierno  
Al invasor haremos grande guerra  
Y su nombre tendrá baldón eterno.»-

Dijo, y rasgó su larga vestidura;  
Y, alzando cual escollo altiva frente,  
Pidió su duro casco y armadura  
Y ronca voz de marcha dio a su gente.

Más de trescientos mil son sus soldados:  
Unos con gruesas lanzas, caballeros,  
Otros de férreas mazas van armados,  
Otros son agilísimos flecheros.

Con el son de los carros rechinantes  
Mézclase el relinchar de los bridones;  
Brillan al sol cuchillas fulgurantes,  
Suenan en las aljabas los arpones.

Mothé finge su pronta retirada  
(Porque así la victoria se asegura);  
Llama con un ardid la hostil armada  
De Pétem a la vasta y gran llanura.

Han-Kao-zou la ocupa de repente  
Con todas sus falanges aguerridas,  
Sintiendo en sus entrañas sed ardiente  
De acuchillar las huestes perseguidas.

Mas cortado se ve sin esperanza:  
Cuatro valles al llano desembocan  
Y sin ellos salida no se alcanza,  
Pues los montes altísimos se tocan.

Y encuentra en cada valle y sus linderos,  
Sin dejar un resquicio a la salida,  
Cien mil caballos tártaros ligeros  
Con jinetes de lanza prevenida.

Los caballos del valle del oriente  
Más blancos todos son que nieve pura;  
Los que guardan el valle de occidente  
Más negros que la noche más oscura.

Los del norte son tordos regalados  
Que beben relinchando el aura fría  
Y son bayos los otros, colocados  
En el último valle, al mediodía.

¡Han-Kao-zou! ¡Romper en vano intentas!...  
Las ásperas gargantas, erizadas  
De picas matadoras y sangrientas,  
Dan muerte a tus cohortes esforzadas.

A la séptima luz la carestía  
Se siente en todo el campo de sitiados;  
Álzase en esqueleto el hambre impía  
Como espectro en sepulcros ahuecados.

Han-Kao-zou suspira; llama al mago  
Y le dice: -«No hay armas en la tierra  
Que puedan libertarnos del estrago;  
Marcha y con tus encantos haz la guerra.»-

Y parte sin demora el hechicero  
Dando enseña de paz a brisas puras  
Y camina en silencio, compañero  
De seis incomparables hermosuras.

Conducido a la tienda resguardada  
De Mothé, prosternóse humildemente  
Y soltando su lengua almibarada  
Exclamó con afecto reverente:

-«Será el timbre mayor de tus honores  
Después de haber vencido a tus contrarios  
Que te rindan tributo emperadores  
Que no han sido de nadie tributarios.

»Feudo de más estima que estas bellas  
No encontró mi señor, que las amaba,  
En cuanto alumbra el sol y las estrellas  
Y al tálamo imperial las destinaba.

»Te las ofrece, pues, y sólo implora  
Que, mientras que te halagan a porfía,  
Des paso a sus soldados sin demora  
Por el valle que mira al mediodía.»

Mothé quedó suspenso, embelesado:  
Seis pupilas azules le ablandaban  
El corazón calloso y embotado  
Y otras seis todas negras fascinaban.

De hinojos las hermosas le pedían  
Que accediese a sus ruegos y a sus plantas  
Por escabel ebúrneo le ponían  
Los delicados senos y gargantas.

Accediendo por fin, mandó un legado  
Para que sus jinetes se apartasen  
Del valle al mediodía señalado,  
Por donde sus contrarios retirasen.

Partió el astuto mago presuroso  
Para dar fausta nueva de contento:  
Todo el sitiado ejército medroso  
Se puso en diligente movimiento.

Ya el hijo de Teu-Man desfallecía,  
Prisionero de amor en su victoria  
Y entre los blandos ósculos perdía  
Fuerza, vigor y espíritus de gloria.

Mas mirando su lanza abandonada  
Y sobre el duro suelo el arco flojo  
Encendióse con rayos su mirada,  
Se encandeció su faz con grave enojo,

Quiso dejar su tienda y las sirenas

Detuvieron sus iras con halago...  
Era lucha cruel de gozo y penas,  
De ternura y de furias en amago.

Contemplándose débil con mancilla  
Para vencerse a sí, vencido el mundo,  
Con el filo sutil de una cuchilla  
Se hirió la mano izquierda furibundo.

Como león que hieren cazadores  
Rugió viendo su sangre que corría  
Y escupiendo los ídolos de amores  
Las armas empuñó con osadía.

Con los suyos siguió a los fugitivos  
Y alcanzadas sus últimas legiones  
Perdieron la luz pura de los vivos  
Con los golpes de lanzas y de arpones.

Han-Kao-zou salvóse con el mago  
Y el hijo de Teu-Man, no satisfecho  
De la carnicería y del estrago,  
Dio esta ley a los suyos con despecho:

Si alguno a Mothé viere en calma quieta  
Con alguna beldad entretenido  
Y a los dos no dirige su saeta,  
Por aleve y traidor sea tenido.